

Presentación de un libro de Rafael Andolz: **El humor altoaragonés¹**

IGNACIO ALMUDÉVAR ZAMORA

Señora y señores:

Yo no bebo alcohol y, sin estar chispa, veo chispas por todas partes; no estoy ante un hogar donde la leña chisporrotea y sigo viendo chispas por todas partes. No se ofendan porque, teniéndoles a ustedes delante de mí, pudieran tomarlo al pie de la letra y no tengo que recurrir al truco de taparme los ojos, como aquel que, tapándose los, le decía a la novia delante de una enorme finca: «Todo lo que veo es mío». Así no mentía físicamente, pero moralmente sí porque a la «hembra placentera», con el cebo del enorme campo, lo que pretendía era llevársela a su pobre huerto. Alguno de ustedes puede pensar: «¿A qué huerto nos quiere llevar este tío?». Simplemente voy a tratar de explicarme a mi mismo, porque se dice que el humor tiene chispa.

Las chispas se producen por el roce, por el choque de dos cuerpos. Cuando las mulas, con sus herraduras, golpean el suelo pedregoso, saltan chispas; cuando nuestros antiguos golpeaban dos pedernales o *petreñas* soltaban *puernas* o chispas sobre la yesca o el *lastón* seco y provocaban fuego. Yo no las he visto, pero dicen que también saltan cuando los hombre riñen y se insultan. Y es que las chispas, al producirse, engendran algo, bueno o malo; en los coches, combustión de la gasolina, en los mecheros de chispa, fuego para encender el cigarrillo; todo esto es bueno, pero en ocasiones ya saben que *parva scintilla magnum excitavit incendium*, una pequeña chispa provocó...

Igual pasa con la chispa del humor, unas veces provoca el buen humor y otras, como la de Gurruchaga, provoca un gran incendio de mal humor entre unos y de bueno entre otros. Una chispa en unos casos enciende un placentero cigarro y en otros un incendio.

Pero para que haya humor tiene que saltar la chispa del humor. Si no hay chispa no funciona, como le pasó al alcalde de Alberro, que estaba fren-

te al Correos, dale que te pego al pedal de la moto, y no se ponía en marcha. Al preguntarle un guasón que le pasaba a la moto, contestó el de Albero: «¡qué ha de pasar, que no *espuñia!*»

En el humor salta la chispa del roce o contraste entre lo serio y lo ridículo y el buen observador verá saltar la chispa, simplemente, mirando el contraste, en la vida, entre el sentido común y el discurrir de ella, tantas veces irracional, absurdo o ridículo.

Una de las definiciones del humor dice que consiste en presentar de un modo serio a alguien o a algo ridículo, como hacía aquel sacristán que, de una mujer pintarrajeada, superacicalada y superatractiva, vestida con ropas que pretendían ser originales, cuando en realidad parecía un espartájaros, decía: «¡Parece una madama!»

Presentar con humor a Rafael Andolz resulta difícil, por no decir imposible, porque si de un personaje serio se dicen cosas serias nos quedaremos en la seriedad jamás entraremos en el humor. Sin embargo, si observamos su rostro moreno, con esos ojos atónitos, nos recordará a la lechuza, que además de ser el ave de la sabiduría se fija mucho. Ese fijarse aparentemente ridículo de la lechuza lo cambiamos por esos ojos escrutadores de Rafael, tan serio, y habremos hecho humor. Espero que el aludido, que escribe sobre el humor aragonés, lo tome en tal sentido, teniendo en cuenta como atenuante de mi afirmación que Unamuno fue caricaturizado como una lechuza.

Sí, Rafael cree en el humor, si no no hubiera escrito ese libro. En cambio Unamuno, quizá con sentimiento y resentimiento trágico de la vida, dijo: «Eso que se llama por ahí humorismo, el legítimo, ni ha prendido en España apenas ni es fácil que en ella prenda».

Yo creo que tienen razón los dos. Rafael recoge, no exhaustivamente porque es imposible, anécdotas humorísticas que pocas veces son finas, porque un pueblo pobre, inculto, oprimido, al que tan bien ha pintado Goya (véase su humor negro), es difícil que se exprese con finezas y zalemas, pero el humor ha prendido y debemos trabajar para que se desarrolle de un modo más fino y no grosero o *pasota*.

Hay que investigar en nuestro humor aragonés. Aquí, en este libro, tenemos datos, pero no olvidemos que dentro de nuestra condición humana no podemos olvidarnos de esos humores sanguíneos, atrabiliarios, biliares, linfáticos y, por qué no decirlo, marrones, que son comunes a todos los hombres y no propiedad exclusiva de los aragoneses.

La lechuza se fija mucho, pero no habla y menos escribe. Rafael habla poco, pero después de fijarse no para de escribir. Y ese fijarse le lleva a hacer que también los demás se fijen. Hace poco, acompañado de un amigo vasco, le preguntó que desde dónde se podría observar una buena perspectiva de la sierra de Guara. En este tema se le adelantó evidentemente Pierre Minvielle, pero porque nació antes; sin embargo en nuestra *fabla*, en la que era difícil fijarse con los ojos, él se fijó con los oídos y la plasmó en el mayor diccionario que sobre ella existe, para que nos entrara por los ojos. La lechuza no tiene orejas y Rafael sí; en cambio la lechuza tiene alas y Rafael no, pero las sustituye con piernas, que lo han llevado a los rincones más recónditos de nuestra bendita tierra y lo han aproximado a escuchar las voces de hombre y mujeres que nunca habían sido escuchadas hasta que él llegó a hacerlo. Pero también ha recorrido las parideras por donde no había pasado nunca ni Nuestro Señor, para enterarse de las venturas y desventuras del Cucaracha, bandolero que por ser aragonés era más generoso y justiciero que los andaluces (y estos han salido en novelas y películas y el nuestro, nada de nada, hasta que nuestro hombre publicó el libro de su vida).

Es difícil a veces para la gente aragonesa distinguir lo serio de lo que puede ser objeto de humor, porque es capaz de ridiculizar todo, incluida nuestra *fabla*, a la que Rafael tomó tan en serio con su diccionario.

¡Cuántos aragoneses cultos han sido unos *somardas* con los aragoneses que conservaban su lengua! Algo de eso pasó, pero mucho más mitigado, en Cataluña y en el País Vasco, ¡pero allí eran forasteros los socarrones! El socarrón, adoptando una actitud seria, ridiculiza a los demás; entre nosotros, el *somarda*, palabra nuestra, lo hace con más crueldad (*El regreso de Edelmiro*, de Sender).

Efectivamente nuestro *somarda* ataca, satiriza, descalifica con humor duro a aquel que pone de manifiesto grandes defectos. A aquel que no deja en paz a las mujeres lo llaman *bucó* o *bucardo*, según su grado de salacidad.

Cuando alguno, por interés, se casa con una mujer manifiestamente disoluta, le dicen que tendrá que *desanchar a puerta*. Si uno es avariento, dicen de él que no come por no cagar (evacuar). Si alguien quiere quedar bien con los forasteros y los lleva a casa ajena, le acusan de quedar bien con lo de *otri*. Cuando se trata de un vanidoso que presume de algo que supera sus posibilidades, exclaman: «¿De qué le viene a o *tozino* llevar a *coda tiesa*?». No hemos topado con las mazadas, de las que Rafael habla.

Bien aplicadas, dan un humor rotundo como el golpe de una maza o *malla*. Esta sátira no se limita a los individuos, sino que se extiende a los partidos políticos, a los pueblos o a las entidades que piden y piden. Los legos de los conventos y algún vecino pedían paja, por amor a Dios o por buen vecindad, y se les decían que si la prensaban en mandiles enormes, tanto que un labrador le dijo al gorrón: «¡Ya habrás *robau o mandil* en un circo!», refiriéndose al toldo que los cubre.

A veces, esa sátira es cantada en forma de jota, como cuando los de mi pueblo quisieron regar sus campos. Se pusieron de acuerdo para levantar una presa en el río, cerca de Arbaniés. Les facilitaría la tarea el derribar una roca sobre el cauce y, como ya es clásico en nuestra tierra, ataron a ella una sogá y se pusieron a tirar, hasta que se dieron la correspondiente culada, como recoge Andolz en Almudévar.

Fracasó el proyecto y desde entonces cantan y dicen: «Los señores de Siétamo pusieron el monte en huerta y *pa* la Virgen de Nunca pasa el agua por la acequia». Para redondera la sátira, añadían como estribillo: «¡Ay, que me mojo!», y de ahí que a los de Siétamo nos llamen *memojos*. Gran número de apodos cita Rafael Andolz en su libro y cada uno de ellos es una píldora que se abre, nos pone al descubierto una pequeña historia cómica o tragicómica.

La extensión del libro no ha permitido a su autor entrar en análisis profundos del humor de nuestros paisanos, pero nos ha plasmado un anecdotario popular en el que el investigador encontrará material abundante para su estudio.

Ya en el marqués de Santillana encontramos una poesís en que a los aragoneses se nos asimila a los navarros y se nos trata un poco de *fachendosos* o faroleros. También dijo alguien, que ahora no recuerdo, que éramos muy amigos de los escudos y de enseñarlos.

Tal vez seamos un poco faroles, pero más amigos de apagarlos. (Os daré un pollo si me ponéis una *falcada* bien grande. ¡*Qué mañosos, mia que meter toda la cosecha en una falcada!*). Otra característica nuestra es un gran sentido de la justicia, pero hasta de ella hace burla Pedro Saputo con su cuento «La justicia de Almudévar».

Hemos tenido grandes satíricos, empezando por Marcial, siguiendo por Gracián y Braulio Foz, hasta López Allué, pero hemos cultivado poco la comedia de los clásicos, que tenía la misma finalidad que nuestra sátira.

ra: combatir los vicios. De los relatos de Andolz aquellos clásicos hubiera creado grandes comedias.

De los creadores de buen humor, en los tiempos aracaicos, acuden a mi memoria los nombres de Cristófanos y Menandro, entre los griegos, y de Plauto y Terencio, entre los romanos. Se pasa la vida, el que ha estudiado de memoria, recordando esos nombres que suenan bien pero de cuyo ingenio no puede gozar porque no ha leído nada de ellos y se ríe con el ingenio de Tip y Coll y con el de M.^a Carmen y doña Rogelia. Pero yo he tenido la suerte de que cayera en mis manos la obra de Plauto *La comedia de la olla*, resulta que esa obra que se presentó antes de Cristo ha seguido representándose en nuestros pueblos desde entonces hasta ahora, que ya la creíamos periclitada, ha vuelto a resurgir con nuevos bríos, desde que el señor Miterrand llegó al poder a Francia. me lo contó un francés diciéndome que el dinero se había hecho amigo, nuevamente, de los calcetines, los colchones, los ladrillos y las ollas. En España ocurre lo mismo, aunque es difícil de saberlo porque de la misma forma que el viejo Euclión no hablaba con nadie de su olla tampoco nuestros contemporáneos dicen nada de sus escondites y de sus *olletas*.

¡Cuántas veces la comedia de Plauto, con su humor, se ha repetido en nuestros pueblos! Todos ustedes habrán oído contar algún caso.

Rafael Andolz nos ha presentado un libro que contiene una larga, no podemos llamarla bibliografía pero sí *populoauditoría* de chispas de humor, que nos hacen ver que ese humor aragonés está entre nosotros, pero es una invitación ante la crisis del humor (negada por algunos) a cultivarlo y a desarrollarlo.

¹ Se transcriben en esta colaboración las palabras que pronuncié en Huesca en el acto de presentación del libro de Rafael Andolz *El humor altoaragonés* (Zaragoza, Mira, 1988).